

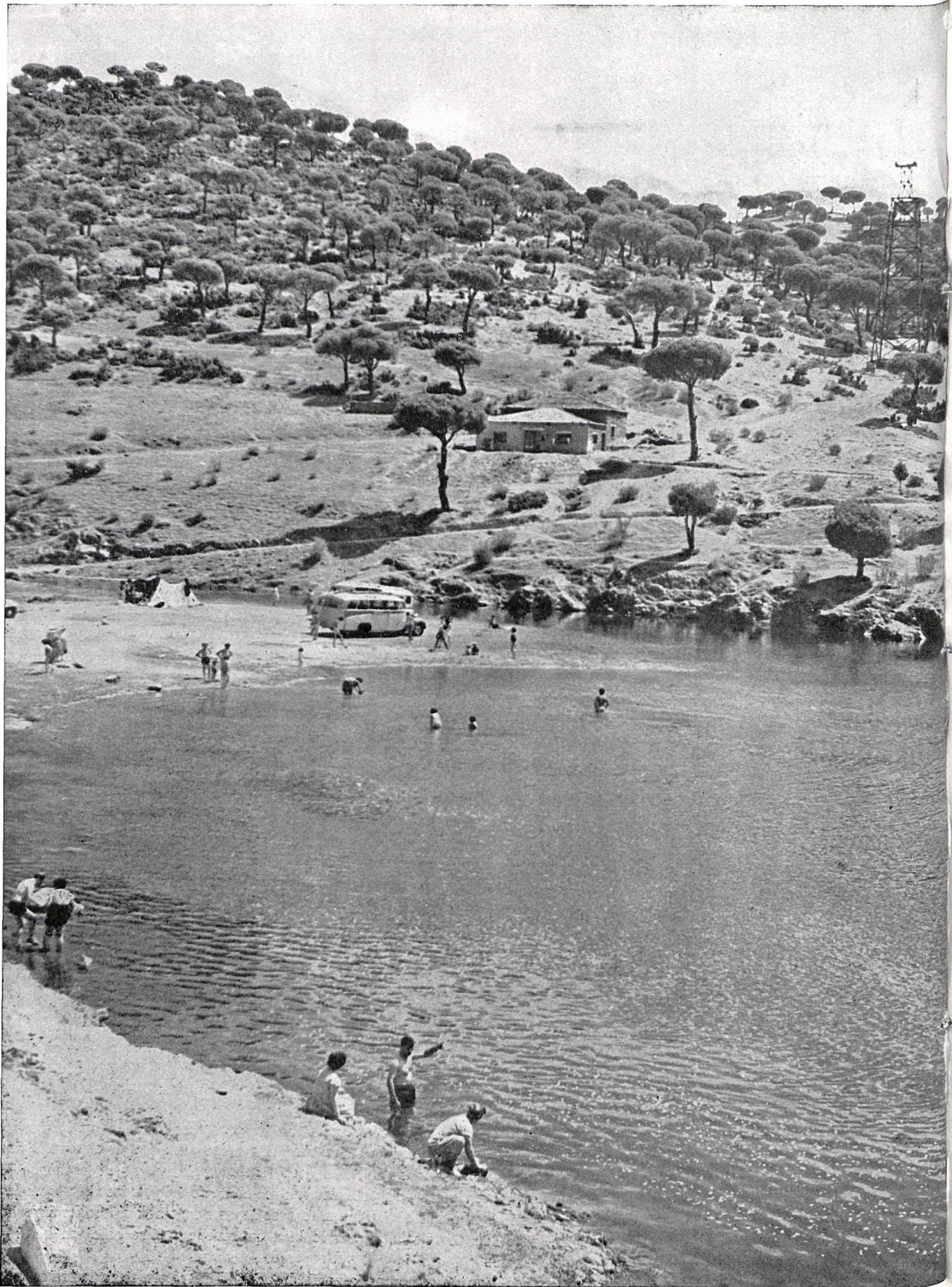
El pantano de San Juan

EN la provincia de Madrid existen varios sitios muy pintorescos, mas no lo suficientemente conocidos y concurridos. La actual práctica turística, veraniega, recreativa, les va abriendo cauces progresivos. En estío aumentan considerablemente las excursiones por sus cercanías, parte de las cuales concluyen itinerarios en pueblecitos de la capital a San Martín de Valdeiglesias (con castillo medieval, monasterio cisterciense, que, según la tradición, se debió su fundación a Teodomiro, conde visigodo del siglo VIII, quien, por formar el reino de «Taadmir», corrupción de Teodomiro, algunos historiadores la admiten como primer rey de la Reconquista). San Martín de Valdeiglesias fué feudo de don Alvaro de Luna (el cual tiene estatua en la plaza del Ayuntamiento).

Villaviciosa de Odón (con castillo), Brunete, Chapinería, Navas del Rey, Pelayos de la Presa, contienen más o menos motivos, según propias realidades, capaces de atraer al público. En domingos y festivos, centenares de transportes, entre autobuses, automóviles particulares y motos desplazan a esos sitios gran cantidad de personas. El atractivo de baño en breve tramo playado del embalse correspondiente al Pantano resulta apetecido estímulo.

El trayecto comienza desde Villaviciosa a mostrar mejores notas paisajistas, estrechamente acoderadas a la carretera, con interespacios ocupados por muchos álamos y robles, así como puentecillos de bandas férricas en medio punto. Ventas, merenderos, alegres cuan blancas casitas con pequeños jardines suelen hallarse junto a aquélla; invitando a descanso breve, los dos anteriores, con que refrescar con bebidas espumosas y cerveza a excursionistas. Chapinería evidencia al través de modesto caserío ambiente de gran paz, de esa paz peculiarmente pueblerina sumergida en semisilencios, tan en contraste con ruidos y dinamismo en ciudades muy populosas. Luego, Navas del Rey, y, poco antes de penetrarse en pronunciadas curvas de la carretera —descendiendo por encantadoras colinas— la vegetación espesa intensamente a la superficie. Montes de no mucha altura permiten incursión al término municipal de Pelayos de la Presa, montes cargados de pinos (pinaster y pinea). El suelo de los declives contiene millones y millones de pinochas secas, formando tapices ocre, semejaado rayar la superficie en modo casi imperceptible a fuer de tantísimas pequeñitas y cortas líneas, fibrosas en la materia. Las piñas verdosas prendidas del arbolado dejan entrever, del bonito ramaje pináceo, sus contornos levemente abombados. Los troncos, de cortezas rugosas, hierguen con esbeltez sus altos tallos para coronar enormes florones, tan próximos que, inmensas sombras, matizando deliciosamente el coniuunto de sectores poblados naturalmente (o repoblados artificialmente), dan lugar a que el viajero mire esos sitios no ya con merecida sugestión, sino con envidia, al pensar lo bien que puede estarse bajo tan hermosos pinares

Luego de remontar la parte descrita, la carretera tiene laterales paisa-





jistas muy bonitos, con fondos —o prosecución— engarzados a tapices verdosos denunciadores de la presencia arbolada que tan intensamente acompaña ya al viajero hasta rendir viaje en San Martín de Valdeiglesias. Descenso que irrumpe en pequeña veguilla tiene —en parte de terrenos inclinados— varios chalets, deliciosos, de reciente construcción. En seguida, el embalse de Picadas, espejando en días de luz diáfana siluetas de árboles y casitas. Minutos después llégase a paraje donde un cartelón indica «Calas de Guisando» y, a opuesto lado, iníciase polvoriento camino (que, en su día, se transformará en carretera) por donde suben los vehículos, con pronunciada cuesta zigzagueante, al gran área donde pronto se ve el muro de contención del embalse del Pantano, camino que mide unos mil doscientos metros, entre muchísimos pinos y amplios regazos al amparo de colinas, con encadenamientos ondulados.

A la confluencia de la carretera con el camino, llámasele corrientemente «El Cruce» (rodeado de trigales y filos de moreras, éstas al borde de dichas vías). A unos doscientos metros del cruce, hállase el «Hotel del Pino» moderno, bien instalado, apropósito para permanencia veraniega; algo más arriba, en falda de colina, el «Poblado de San Juan» (unas treinta construcciones a manera de villas, habitadas por personal adscrito a la Unión Eléctrica Madrileña, contando con un centro de recreo y parquecillo graciosamente ajardinado ante capillita de sugestiva traza).

Cuando se ha concluído el camino, nos encontramos en espacios muy ondulados, siempre cargados de pinos, a pocos metros del muro de la presa. Descendemos de los coches y pasamos al muro de mención, ladeado de barandaje de mampostería a lo largo de unos quinientos metros, aproximadamente. Situados en el centro del pasillo, contemplamos el «mar»: panorama delicioso, impresionante, no ya por la graciosa bolsa que forma el embalse, sino por los alrededores, que poseen millares y millares de pinos, así como enormes cortes naturales constituídos por más rocas en masas compactas o curiosamente diseminadas, algunas de las cuales se superponen guardando increíble equilibrio por muy estrechas bases de sustentación, pareciendo como si de un momento a otro fueren a lanzarse desde grandes alturas, rodando por las colinas, para caer a las aguas del embalse. Detrás de la «bolsa» (que es término del Pantano, con inicio de otro embalse en «El Burguillo», paraje correspondiente a la provincia de Avila de donde vienen las aguas del río Alberche), queda manga, o continuidad de la «cola», procedente como decimos de «El Burguillo», que (frente a la moderna «Ciudad de San Ramón», a unos cinco kilómetros y medio desde el muro de contención en la presa, por la parte del Pantano en provincia madrileña desde luego), ofrece nuevamente a la contemplación de viajeros y turistas unas panorámicas deliciosas, con fuerte pintoresquismo.

El «Sporting Club del Pantano de San Juan» es sociedad que explota, para utilidad del público un embarcadero, poseyendo botes de remo, canoas, patines de rueda, así como motora entoldada con capacidad para unas cincuenta personas. a fin de pasearse por el embalse, en viaje delicioso encantador, con media hora de duración y, aproximadamente, unos once kilómetros de total recorrido, yendo, en ida, por el centro del embalse y, al regreso, por margen izquierda de la «bolsa», la parte más bonita, panorámicamente, donde se ven unos catorce o veinte chalets lujosísimos, espléndidos, integradores de la mencionada «Ciudad de San Ramón», con escaleritas de rellanos rocosos terminales en las mismas aguas (ya con mucho fondo, por lo general, en ese sitio).

Cerca de tal ciudad y muy en alto (a unos seiscientos metros) se halla un paredón enorme, semejante al de un castillo. Cantidad imposible de precisar de pinos, con el complemento de colinas muy aupadas sobre el embalse, forma —repetimos— un paisajismo impresionante.

«Snaips», «out-oards» (de propiedad particular) surcan velozmente la superficie, provocando su paso oleaje que resulta la delicia de los que van en botes de remo (aun cuando algún que otro grito de miedo por parte

de chicas ocupantes, que creen verse ya en «las últimas», exagere lo ocurrido).

El «Club Náutico de Madrid» también está en el Pantano de San Juan (a unos ochocientos metros del muro de contención), siendo excelente su posición sobre sector rocoso, contando con adecuadas así como magníficas instalaciones (nave descubierta, para embarcaciones de guarda o reparación; terrazas, salones, etc.). Son socios del «Club Náutico» diplomáticos, títulos, militares y marinos de muy alta graduación, así como lo más selecto de la sociedad madrileña o que en la capital reside, dándose de vez en cuando en sus salones fiestas muy distinguidas. Posee embarcadero, así como espacio señalado y acotado con boyas, dentro del cual se anclan yolas así como otras bonitas embarcaciones de recreo, con airosas arboladuras.

Consideramos que debiera agrandarse y arenarse mucho el actual espacio del tramo playado en la franja de utilidad pública, pues sólo cuenta con unos ciento cuarenta metros. El embarcadero del «Sporting Club» debiera trasladarse hacia curva próxima.

Do: buenos restaurantes, así como unos quince merenderos, están a disposición del público. Centenares de coches particulares, autobuses, motos, aparcen entre pinos. A la caída de la tarde es una enorme caravana la que desfila hacia Madrid (se estima en unas ocho mil personas las que, frecuentemente, acuden en verano en cada domingo al Pantano de San Juan, junto a tramos playados).

Como final de excursión (por la ruta madrileña que mencionamos) resta decir que, cerca del «cruce», hay ruinas de convento, conservando aún la fachada de iglesia, correspondiente al románico.

Eran las ocho de la mañana cuando salimos de Madrid. Hicimos paradas, de varios minutos, en Villaviciosa, para ver su castillo, con interesante estampa; en Navas del Rey, en «El Cruce» —para, andando, ver las ruinas del referido convento—; luego hemos subido al Pantano de San Juan recorriendo, ya a pie, parte de sus bonitos parajes. Comemos en uno de los dos buenos restaurantes. Damos un paseo en la motora de servicio público. A las cuatro salimos para San Martín de Valdeiglesias, con breve detención en Pelayos de la Presa, pueblecito de humilde y simpática estampa, teniendo a corta distancia colonia de nuevos y bonitos chalets.

San Martín de Valdeiglesias es cabeza de partido judicial, villa y municipio, con unos cuatro mil y pico de habitantes. Resulta muy atractivo por fuerte contraste debido a callecitas pinas, tortuosas (sobre todo, las conducentes al castillo), muy enaladas las fachadas de casitas humildes, para, en otros sitios, cautivar el aspecto de la plaza del Ayuntamiento, con estatua erigida en recuerdo de don Alvaro de Luna; la iglesia parroquial, antecedida de jardinillo con estanque, desde donde se ven preciosas panorámicas hacia colinas frontales, cargadas de millares de pinos, destacando la ermita de la Sangre, tras la cual parten sendas hacia caseríos y próximos parajes, ofreciendo todo un paisaje de enorme belleza; la calle principal, que a la vez es paso de carretera, en que están los mejores establecimientos comerciales, bares, restaurantes, hotel de reciente construcción, calle-carretera a la que afluyen varias con aspecto muy curioso: ventanas esquinadas, balconajes de interesante forja, galerías maderables, con abundantes macetas; algún que otro escudo nobiliario, raros portones, accesos escalonados a puertas algo en alto; tabernas donde se sirve el estupendo vino típico de la rica comarca vinícola de San Martín de Valdeiglesias, y la plaza de toros. Merece destacar un establecimiento recreativo con terrazas, salón de baile para invierno, piscina para verano, barra, bar, restaurante, piscina y jardinillos.

A las nueve de la noche iniciamos regreso a Madrid, llegando a las diez y cuarto, tras haber realizado interesante y amena excursión.

BONIFACIO SORIA MARCO

FOTOS: LEAL.

